

¿Por qué tú?

—

Me preguntan por qué te elegí. Por qué tú.

Y, al principio, dudaba qué responder. Tal vez porque quería guardar mi intimidad. Tal vez porque lo que nos une me pertenece solo a mí. O tal vez, simplemente, te necesitaba.

Sí, te usé —no como objeto, sino como medio. Como puente.

Te elegí —o quizá tú me elegiste— para expresar lo que mi garganta era incapaz de decir.

Lo que no salía en palabras, lo que solo podía salir en forma.

Fuiste mi grito silencioso.

Eres duro, inquebrantable, frío al tacto. Y, sin embargo, hay en ti una suavidad inesperada, un lenguaje escondido que no todos entienden.

Con cada corte, con cada soldadura, me iba encontrando.

Aprendí a leer tu lenguaje. Y tú aprendiste a hablar por mí.

Trabajando contigo descubrí que el vacío también habla; que lo que no está, pesa; que la ausencia tiene cuerpo cuando la sostienen tus líneas.

En ti encontré una forma de decir sin palabras.

Porque en mis esculturas lo que falta también importa: el espacio que dejas entre tus líneas, las sombras que proyectas, los silencios que creas.

En tus estructuras abstractas hallé mi manera de decir sin decir, de mostrar sin explicar.

En ese diálogo entre llenos y vacíos, entre fuerza y fragilidad, entre lo que está y lo que no, nace mi obra.

Soy hierro, sí, pero también soy escucha.

Soy espacio. Soy silencio.

Y en ese silencio, finalmente, puedo hablar.